

# DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

## Profanación. (1)

Sentíase un calor asfixiante. La Sala de la Audiencia estaba llena de bote en bote. La entrada había sido tumultuosa. Al penetrar en el local, entre achuchones y blasfemias, la muchedumbre atropelló á un ujier y rompió los consabidos vidrios de la consabida mampara. Las apreturas en los pasillos fueron tales, que una mujer, que se hallaba encinta, dió á luz prematuramente. Gran número de letrados, cubiertos con la honrosa toga, ocupaban el estrado. Las damas entremetidas, que por todas partes se insinuaban, habían hallado medio de hacerse dueñas de los sitios de preferencia y asaltado los asientos destinados á los chicos de la prensa, impidiéndoles cumplir los deberes de su ministerio.

Es que la causa que iba á fallarse era una de aquellas que tienen el privilegio de excitar vivamente la pública curiosidad. Un año hacia, casi hora por hora, que se perpetró el hecho de autos. Es el plazo mínimo que necesita en España la justicia histórica para la instrucción de un proceso. Cierta mañana el reo que á la sazón ocupaba el banquillo, un joven alto, rubio, de arrogante y simpática presencia, había penetrado bruscamente en la catedral, llena á la sazón de fieles que asistían al oficio divino, y emprendiéndola á voces con el piadoso concurso. Su potente mano, armada con sendo látigo, repartía disciplinazos á diestro y siniestro, sin reparar en sexo y edad. Clérigos y legos fueron por igual víctimas de su furia. Apoderóse el pánico de la concurrencia, y á los pocos momentos la iglesia estaba limpia de beatas. Cuando los dependientes de la autoridad acudieron para apoderarse del culpable, el suelo del templo, cubierto de rosarios, libros de misa, sombreros, toquillas, pañuelos, casullas y solidos, semejava un campo de batalla.

A medida que el relator leía con tono dormilón el apuntamiento, un vago murmullo formado por infinitas exclamaciones, se exhalaba de la multitud. ¡Qué impío! ¡qué fiera! ¡qué energúmeno! ¡Quién era aquel hombre que así había osado profanar el santo recinto? ¡Se trataba de un loco furioso, de un loco de atar! La prueba sobre el particular había sido terminante. Aquel hombre no estaba loco; era, sin duda, un exaltado, un damagogo, un sectario, un fanático sugestionado por las ideas disolventes que flotan en la atmósfera social. Pero el fanatismo no es causa legal de exención. El delito estaba probado, el culpable convicto y confeso. La espada de la ley no se habría desenvainado en vano. La vindicta pública tenía su presa segura.

El fiscal echó el resto. Verdad es que la tal causa le había sido recomendada especialmente. A raíz del suceso el jefe del partido conservador, hombre de arraigadas convicciones, de gran sinceridad y catoniana rectitud, había interpelado al Gobierno, reconviniéndole con dureza por el desamparo en que dejaba el derecho de los creyentes. El ministro de Gracia y Justicia, el más excitador de los ministros, se creyó obligado con tal motivo á excitar el celo del ministerio público para la persecución de los delitos contra el libre ejercicio del culto oficial. Así es que el fiscal, que aguardaba el ascenso, hallábase aquel día más celoso que un turco. Y hubo aquello del respeto á la conciencia de los más, de la fe de nuestros mayores, de nuestras santas tradiciones, de la necesidad de la religión para fundamentar el Estado, sin omitirse lo de la intransigencia racionalista, la intolerancia herética, el fanatismo librepensador, ni dejar de poner en su punto los peligros sociales y políticos que lleva anejos la impiedad, madre de toda perturbación y tía de toda demagogia. Con esto y una invocación á la providencia y algo de piropeo al gran pontífice, el representante de la ley enjaretó una homilía que ya quisieran para sí el obispo de Sió y aun el primado de Toledo.

El defensor no estuvo flojo. ¡Qué vehemencia, qué fuego, qué expresión! Católico soy, exclamaba, poniendo la mano en la toga. El propio Silvela no me supera por lo acrisolado de la fe.

(1) Alfredo Calderón, el periodista insigne, ha publicado con el modesto título de *Treinta artículos*, un nuevo y hermoso libro. De él reproducimos el cuento titulado *Profanación*. Creemos que los libros de Calderón no necesitan ser recomendados. Nos limitamos, pues, sólo á dar noticia de su publicación. *Treinta artículos* se halla de venta en todas las librerías al precio de una peseta.

Dispuesto estoy, como Pidal, á dar por la religión sangre y vida. Pero, ¿es que por ello me encuentro obligado á tomar como oro de ley la moneda falsa de la hipocresía? ¡Habláis de profanación de templos! ¡Sabéis lo que es hoy la iglesia para la mayor parte de los que la frecuentan? Para aquel burgués panzudo, hombre de orden y usurero sin piedad, es un sitio de exhibición de creencias mentidas. Para la vieja solterona, chismosa y desabrida, es un rinconcito fresco en verano y abrigado en invierno donde descabezar el sueño. Para la niña coqueta estanque donde pescar novio. Para el *koska* degenerado soto donde cazar dotes. Para aquellos amantes furtivos punto de cita donde concertar sus uniones adúlteras. Feria de vanidades para la dama linajuda, centro de murmuración para la mojigatería femenil, campo de operaciones para la Celestina astuta... ¿Qué más? El propio sacerdote no suele ver en la iglesia sino el taller donde cobra su salario y gana su vida. ¿Y queréis castigar al hombre que lleno acaso de generosa indignación intentó purificar el templo?

¡Vana elocuencia! El jurado, tras breve deliberación, dictó veredicto de culpabilidad. El tribunal de derecho, con estricta sujeción á lo prevenido en el caso 2.º del art. 240 del Código penal, condenó al reo á la pena de cuatro años y dos meses de prisión correccional y 2.500 pesetas de multa.

Y allá fué á presidio para cumplir su condena el Redentor del Mundo. Porque ya habrás comprendido desde el principio, avisado lector, que el culpable de aquella gran fechoría, que nuestro Código penal con tanta dureza castiga, no era otro sino el mismísimo Jesucristo. Y el que lo dude no tiene sino consultar el Evangelio: Mateo, cap. 21, versículos 12 y 13.

ALFREDO CALDERÓN

## La inclusera.

I  
Suspiran los pobres esposos con pena  
cuando ven los niños...  
declinan los años  
y no tienen hijos...  
se acerca el invierno que corona las frentes de [nieve  
y el hogar parece que tiembla de frío!

Declinan los años,  
pero hay sobrinitos  
que invaden la casa  
de los buenos tíos.  
Bandada de pájaros  
fieros, tragoncillos,  
que escapan volando y huyen de los trojes,  
una vez embuchados de trigo...

II  
Desesperanzados  
de los sobrinitos,  
una asiladita  
tomaron los tíos,  
¡monina, muy blanca  
y rubita como un angelito!...  
Y al ver á la intrusa,  
perversos, ladinos,  
aquellos rapaces  
fieros, tragoncillos,  
al hogar volvieron  
de los buenos tíos...  
—¡Échala, que es fea!  
—¡A qué habrá venido?  
—¡Habrá la inclusera!... ¡Si á ti no te quieren!...  
—¡Échala, tío!...  
Y las artimañas  
de los tragoncillos,  
las debilidades  
y la sangre que tira un poquito,  
quieras que no quieras  
fué vuelta al Asilo  
la pobre inclusera, que murió al invierno  
como un pajarito...  
como un pajarito tirado en la nieve...  
helado... sin nido...  
¡monina, muy blanca  
y rubita como un angelito!

### III

Quedaron un día  
las trojes sin trigo,  
volaron los pájaros  
y el hogar helado se muere de frío!

VICENTE MEDINA

## LA DISCUSIÓN DEL PROGRAMA (Pasillo de actualidad.)

VEGA ARMILLO.—¡Ejem! ¡Ejem! (*Tosiendo*). La verdad es, señores, que el programa de Montero Ríos me parece un disparate. No quiero ofender á nadie, ¡cara... binero!, pero se trata de postergarme, y eso no lo consiento yo ni pueden consentirlo mis amigos. ¡Ejem! ¡Ejem! En una palabra, ¡cara... binero!, que yo no firmo el programa. Que no lo firmo, ¡cara... binero!, ¡cara... binero!

MORET.—Señores, ¡ah, señores!, estos momentos son verdaderamente difíciles para el partido liberal. Todos debemos sacrificarnos por la unión. Desde la muerte de nuestro llorado jefe D. Práxedes vivimos en plena sombra, en plena obscuridad, en plena noche. Y es preciso que se haga la luz, que amanezca el día. El programa del Sr. Montero Ríos es una obra admirable, digna de toda clase de elogios y alabanzas. Sin embargo, yo opino como el señor marqués de la Vega de Armijo, y no pondré mi firma al pie de ese documento. ¿Por qué? ¡Secretos de mi conciencia, secretos de mi pensamiento, que os ruego respetéis! Pero insisto, ¡qué hermoso programa el escrito por el Sr. Montero Ríos!

CAPDEPÓN.—Entiendo yo, yo entiendo... ¡Ejem! ¡Ejem! La verdad es, señores, que el programa del Sr. Montero Ríos es un programa como todos los programas. Conveniente bajo cierto punto de vista, inconveniente bajo otros. Yo entiendo, entiendo yo, que no hay para qué discutirle, ni para qué aprobarle, ni para qué no aprobarle. ¡Ejem! ¡Ejem!

ROMANONES.—El partido liberal está obligado á conquistar á la opinión por medio de un programa democrático. ¡Lo es el del Sr. Montero Ríos! Eso es lo que hay que discutir. Pero á mí que no me toquen á la enseñanza.

AUÑÓN (*empinándose sobre sus piececillos*).—¡Ni á mí á la Marina!

GROIZARD (*tosiendo*).—¡Ejem! ¡Ejem!

SUÁREZ INCLÁN.—Yo opino lo que opina el señor Moret.

URZÁIZ.—Yo no estoy de acuerdo con las soluciones propuestas por el Sr. Montero Ríos ni en la cuestión social, ni en la religiosa, ni en la económica, en la internacional. ¡Yo no estoy conformé con nada!

ALMODÓVAR.—Calma, señores, calma, no hay que precipitarse. Es preciso que salga de aquí la unión. ¡Qué dirían si no de nosotros las naciones extranjeras! Propongo que se someta el programa á una especie de arbitraje. ¡Y que nombres ponente al Nuncio!

GULLÓN (*tosiendo*).—¡Ejem! ¡Ejem!

PUIGSERVER.—Yo opino que no se debe discutir, sino votar.

RODRIGÁNEZ.—Opino todo lo contrario. VEGA ARMILLO.—Veo ¡cara... binero! que no podemos entendernos. Propongo que se levante la sesión.

CAPDEPÓN.—Yo entiendo, entiendo yo... ROMANONES (*gritando*).—¡Esto es hacer patente nuestro fracaso!

URZÁIZ.—¡A la calle!

AUÑÓN.—¡Que me van ustedes á pisar!

MORET.—¡Qué espectáculo más lamentable! ¡Esta es la huida de los cien mil!

GROIZARD (*tosiendo*).—¡Ejem! ¡Ejem!

AGUILERA.—¡El partido liberal ha muerto!

¿Cuándo volveré yo á ser alcalde!

URZÁIZ.—¡Abajo el programa!

ROMANONES.—¡Fuera congresos!

VEGA ARMILLO.—¡Cara... binero!

MORET.—¡Lloremos como mujeres lo que no hemos sabido defender como hombres!

## SERMÓN... PERDIDO

Con motivo de una gran  
festividad religiosa,  
en la iglesia de Espinosa  
predicaba fray Damián.

Y atento el concurso oía  
todo, con unción cristiana,  
menos una pobre anciana  
setentona que dormía.

De su plática en el curso  
tras un párrafo elocuente,  
pierde el padre de repente  
el hilo de su discurso,  
y con voz descomunal,  
exclama alzando las manos:  
—*El que ahora no me oiga, hermanos,  
está en pecado mortal.*

Con gestos y contorsiones  
sigue en mímica el sermón;  
alármase la reunión,  
se oyen mil exclamaciones,  
y aquel auditorio, loco  
de terror y desvario  
empieza á gritar:—*¡Dios mío,  
yo no oigo!—Ni yo tampoco.*

En su recurso no cesa  
fray Damián, los fieles lloran.  
se desesperan, imploran...  
despierta el ruido á la vieja,  
y, sin entender el coro  
que á Dios pide con afán,  
cual si oyera á fray Damián  
dice:—*¡Qué piquito de oro!*

## Lo que sobra.

(MEDITACIÓN)

¡Lo que sobra! Es tanto, tanto, que no sabe uno por dónde principiar á decirlo. Si suprimiésemos todo lo que sobra á España, niveláramos el presupuesto y nos quedaría sobrante para amortizar en muy pocos años nuestra enorme deuda.

Sobra, por ejemplo, la lista civil. Sobran, verbi gracia, todos los Consejos, desde el Supremo de Guerra y Marina, hasta el de Instrucción pública.

Sobra el clero alto, y por supuesto, el bajo. Se entiende que sobran como colectividades oficiales retribuidas por el Estado.

Sobra el culto... pagado por la Hacienda.

Sobran generales en el Ejército.

Sobran empleados en la administración.

Sobran pensionistas haraganes en todas partes.

Sobran...

Lo que hace falta es un Gobierno suficientemente valeroso para suprimir todo eso que sobra.

Si hay quien lo haga, me declaro partidario suyo.

Si no hubiese otro que lo hiciera, lo que es yo, lo haría.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

## Tarjeta postal.

Para Don Nicolás Estévez.

El maestro Cavia—maestro de los periodistas de ayer, y de los de hoy y de los de mañana, ¡un maestro de todos los tiempos!—ha agotado los adjetivos encomiásticos del diccionario para elogiar el hermoso libro de usted, *Fragmentos de mis memorias*.

¡Y qué nos queda por decir á mí y á los demás, después de lo dicho por el maestro Cavia?

De un tirón me he tragado las 547 páginas de que consta su obra. Llevo veinticuatro horas sin comer, ni dormir—y creo que he aprovechado bien mi tiempo—, dedicado á leer su libro.

Y repito uno por uno todos los adjetivos encomiásticos con que le ha favorecido á usted Cavia, como expresión del juicio que he formado de su obra.

¡Así se escribe la historia!—sea dicha esta frase sin asomo de ironía—así debe de escribirse.

Y permítame usted, como final de estas líneas, que haga declaración pública de mi admiración hacia usted, hacia el valiente adalid de ese hermoso ideal de Libertad, Igualdad y Fraternidad, defendido por Cristo y combatido por los católicos de ahora.

MIGUEL SAWA

# DON QUIJOTE

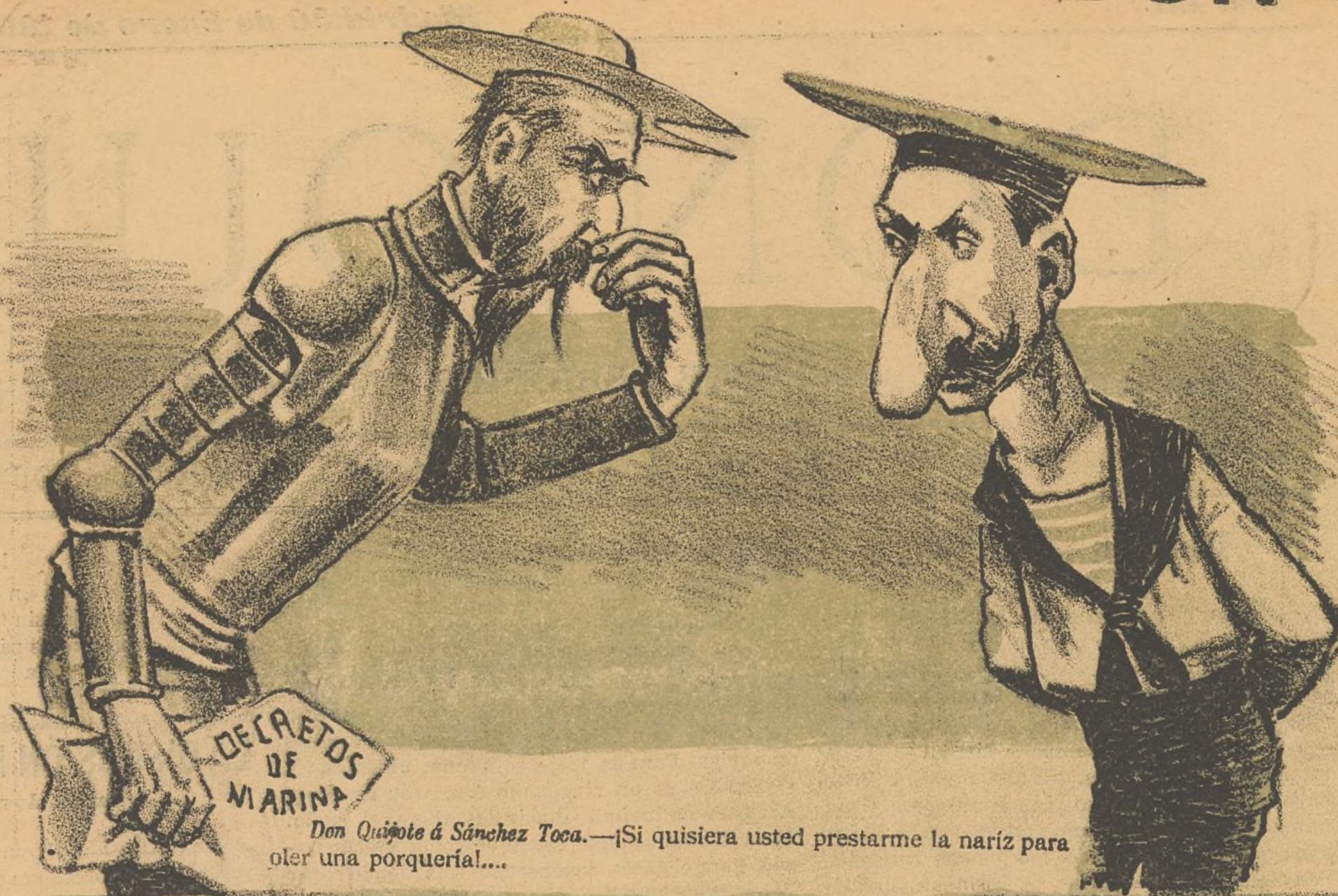


—¡Y sigue el gobierno sin contestar á la Nota del Vaticano!

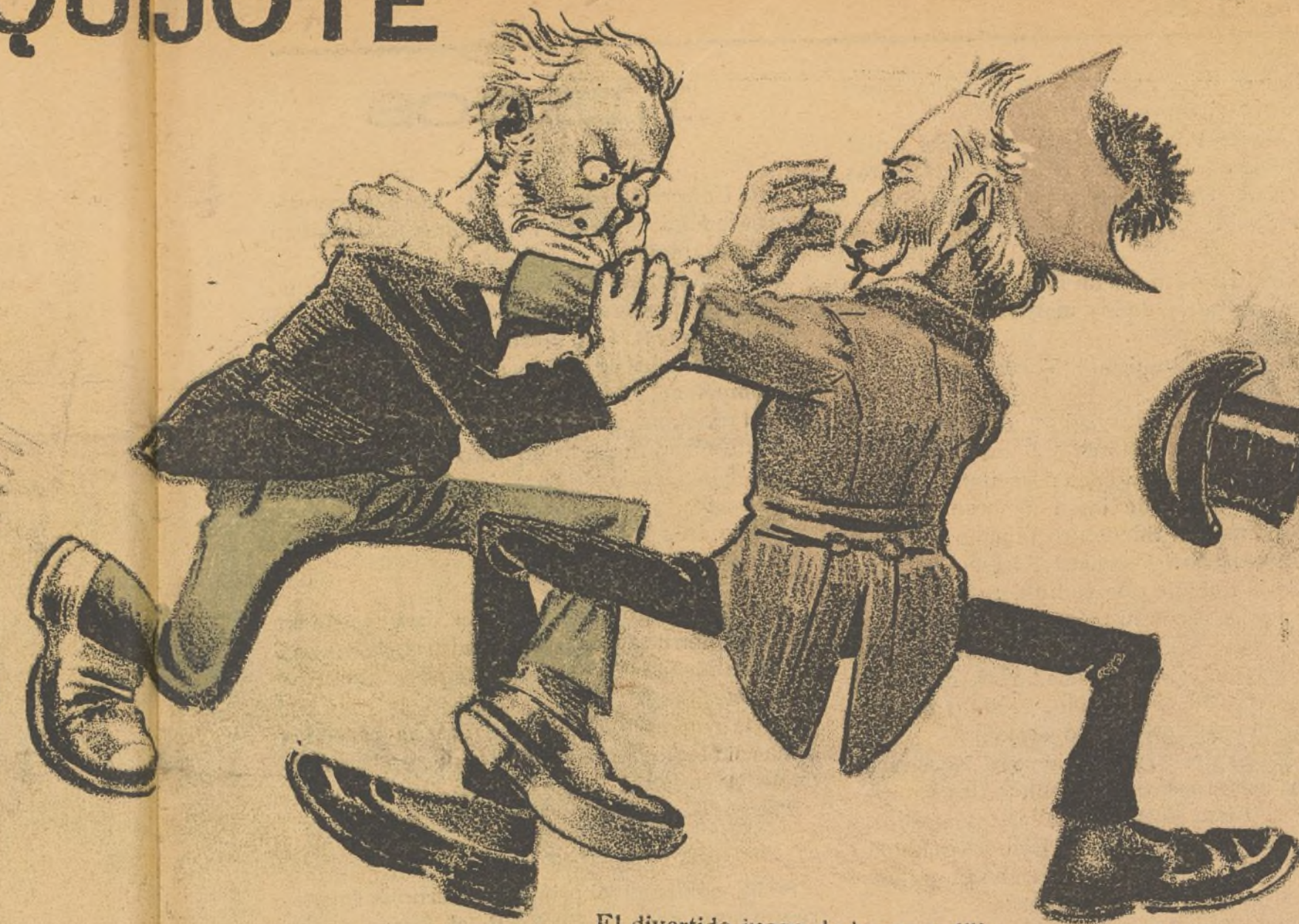
LOS NUESTROS



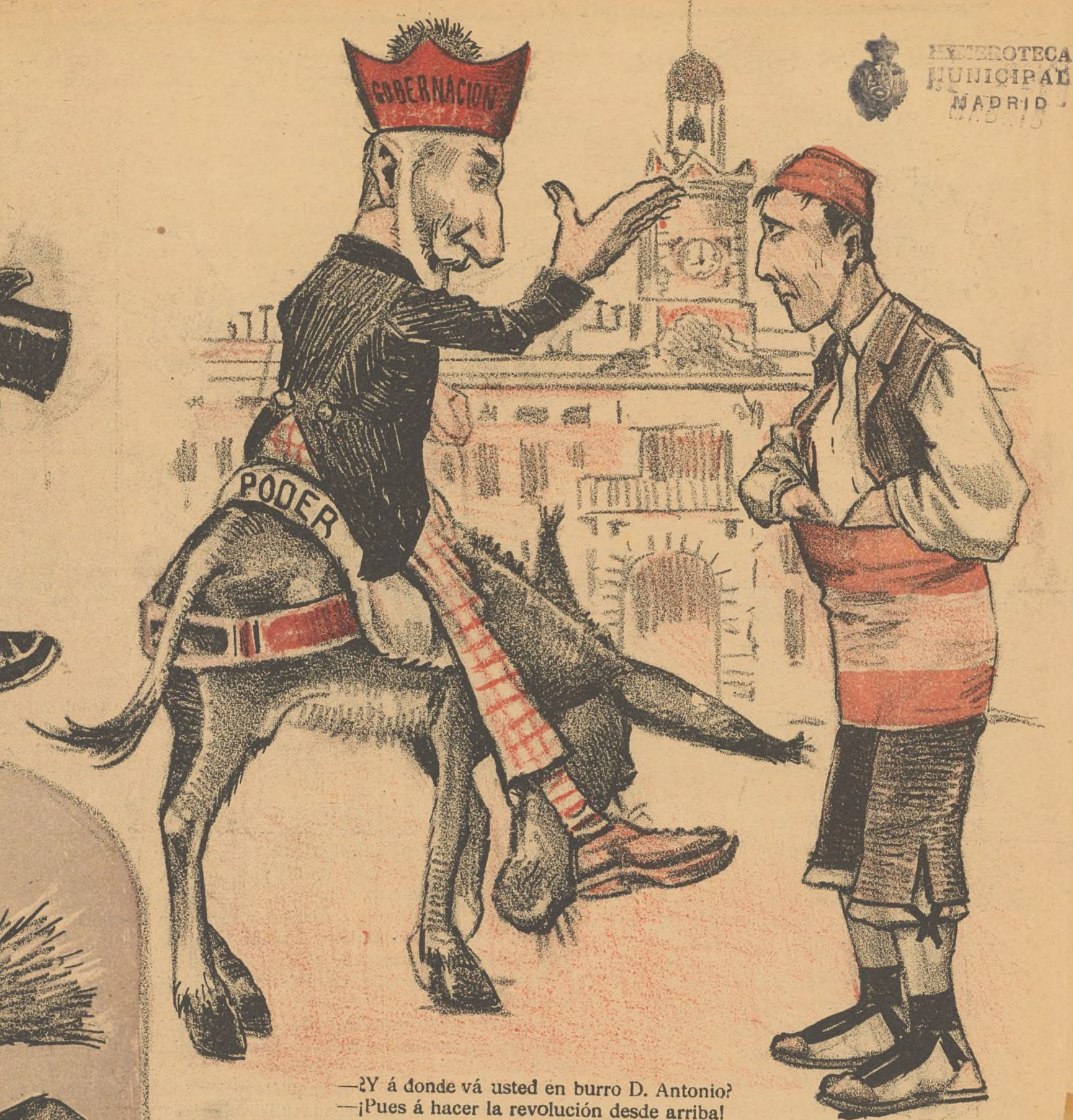
NICOLÁS ESTÉVANEZ



Don Quijote á Sánchez Toca. —¡Si quisiera usted prestarme la nariz para oler una porquería!



El divertido juego de la zancadilla.



—¿Y á donde vá usted en burro D. Antonio?  
—¡Pues á hacer la revolución desde arriba!

SAGASTA REDIVIVO



EL AQUELARRÉ FUSIONISTA — ¡Cisquémonos en el programa!



—¡Indecentes!

## PUES SEÑOR...

En una aldea que existe en la provincia de Cuenca, tienen la antigua costumbre de celebrar grandes fiestas el día de San Antonio, que es el patrón de la aldea. El cura, que es un bendito, según todo el mundo cuenta, porque no admite en su casa más que un ama anciana y fea, y por lo que favorece á la humilde clase obrera, después de decir la misa, una misa á grande orquesta, á la que va todo el pueblo, tiene la oportuna idea de sacar en procesión al santo que se festeja. Y agrada el ver á la gente disputarse con fe ciega el honor tan señalado de ir con la imagen á cuestras, medio por el cual obtienen no sé cuántas indulgencias. El cura, según costumbre, á cada fiel hace entrega de un cirio, con el encargo de que después lo devuelvan; pero ellos se hacen los suecos y con los cirios se quedan. El párroco, decidido á poner severa enmienda, convocó á sus feligreses y hablóles de esta manera: —Sabéis que en la procesión que anualmente se celebra en honor de San Antonio, la iglesia os cede las velas para que alumbrando al Santo, consigáis la gloria eterna. Pero observo que, no obstante mis leales advertencias, se da el caso vergonzoso de que os escapéis con ellas. Sepan, pues, los que esto escuchan aparentando extrañeza, que no quiero que se apropien de intereses de la iglesia, ¡que una cosa es alumbrar y otra llevarse las velas!

## LA CUESTIÓN SOCIAL

Mi amigo Publicola había pasado en vela la noche del 3. Al amanecer casi era cadáver.

Unid el hambre con el sueño y se verificará una combinación química que dará por resultado un compuesto que se tiene por simple: el derecho á la existencia.

Publicola, al sentirse falto de vida, comprendió por primera vez que tenía derecho á vivir. Pero la hora no era oportuna para despertar al presidente del Consejo ó del Supremo y exponerles estas teorías. Por otra parte, la propaganda de ciertas ideas siguen el mismo movimiento que el humo de la pólvora: sale de abajo y llega arriba.

Publicola empezó su campaña en una buñolera. Convenció al dueño de que no era burgués, supuestas las diferencias que existen entre las explotaciones de las dos masas blancas: la masa humana y la de los buñuelos. Llamó Santo Jonás al señorito de la casa, calificativo que oyó con inocente satisfacción la abultada buñolera.

Después habló con los cocheros de la asquerosa simonía de nuestros gobernantes; con los aguadores del sudor de su frente; con los carboneros del negro pan del trabajo; con las criadas del amor libre, y con los soldados del ensangrentado látigo de los déspotas y los cabos.

Resultado práctico: tomó siete buñuelos, dos churros y cinco copas de aguardiente.

A las nueve opinaba mi amigo que se puede vivir á costa del país teniendo el sistema de servir al que paga.

De modo, que á las cuatro de aquella mañana, el presidente no pensaba como Publicola, y á las nueve pensaba Publicola como el presidente.

Pero á las nueve y media el alcohol había exagerado la secreción de jugos, y los buñuelos estaban disueltos, descompuestos y repartidos con una asimilación insignificante.

A las diez las opiniones de Publicola discrepa-

ban algo de las del señor presidente. A las once volvió á acordarse del derecho á la vida.

De todas las historias de razas desgraciadas y pueblos desventurados, no conozco ninguna tan triste como la de los pobres del siglo XIX.

En los poblados el pobre no tiene derecho á nada, ni aun á pedir. Si pide va al asilo, donde se explotan ó se niegan sus aptitudes.

En los campos busca sombra, flores, frutos y leña, y siempre que busca algo sólo encuentra un guarda jurado ó un guardia civil.

Huye á las entrañas de las sierras ó los bosques, y allí los tres reinos le rinden servidumbre. Es el dueño de lo que nadie quiere. Pero esto no se le consiente; se le arranca de allí y por vagabundo y sospechoso queda á disposición de la autoridad. Hártase ésta de mantenerle en la cárcel y le deja en la plaza pública espiado, infamado y sin ningún derecho.

El robo es un delito. Yo lo creo así porque me lo ha dicho un pobre; los ricos no entienden de estas cosas.

Y el pobre que me lo dijo fué Publicola, que á las doce de aquella mañana cometió su primer robo.

Cuando no se encuentra un taller se busca una ruleta. Cuando se pierde la confianza en los hombres se pone la esperanza en Dios.

Publicola fué á la iglesia. A la puerta del templo paró un carruaje de aquellos que son una escala zoológica, con el caballo delante, el cochero á seguida y á la postre el señor. Del coche bajó una dama. Esta palabra es un galicismo precioso, porque nos evita llamar señora á quien no lo merece.

La dama, al pasar por el pórtico, dió dos pesetas para los pobres establecidos en aquel sitio.

La limosna, pensó mi amigo, es el latigazo con que los ricos se deshacen de los necesitados... Latigazo más ó menos... Comamos.

Y Publicola fuese tras la aristócrata, acercóse á ella y la dijo: «Señora, tengo mucha hambre, ¿me da usted una limosna?»

Se quedó sin respuesta. La mujer ni le miró siquiera.

El primer paso estaba dado. Publicola se decidió á mendigar, y salió á la puerta para aprender el oficio.

En seguida comprendió que aquellos pobres estaban organizados. Una anciana tullida dirigía la táctica.

—Señor Paco, la vieja de usted.

Y Paco se ponía en actitud, y la vieja pasaba y dejaba una limosna en la mano de Paco.

—Ahí viene doña Paula.

Que era un presenten armas.

—El coche de la marquesa!

Expectación general.

—Dios se lo pague á vuecencia!

—¡Vuecencia lo encuentre en salud!

—¡Santa Lucía bendita conserve la vista á vuecencia!, etc., etc.

—¡Vuecencia! ¡Vuecencia!—se dijo Publicola.—Antes olvidé esta palabra y perdí una limosna...

Tiene vuecencia... Usa el vuecencia... Se le da vuecencia... Es un vuecencia... ¿Qué es esto que se tiene y se da y se usa?... ¿Qué es esto que sirve de ostentación á los ricos buenos ó malos y que oculta el pobre que lo tiene?... Un vuecencia sin dinero es una onza con hoja, todo el mundo la rechaza... ¡Vuecencia! ¡Vuecencia!... Yo no llamo vuecencia á ningún rico... No reconozco derechos fútiles á quien no reconoce mis derechos naturales...

Y como en aquel momento entrase en la iglesia una joven aparejada como corresponde á cocineras de altas pretensiones, fuese Publicola á su lado, y dijo con acento humilde:

—¿Me da vuecencia una limosna?

La joven sacó su portamonedas, miró á mi amigo y siguió andando.

El mendigo improvisado siguió á la muchacha, pero ésta dejó sobre un banco la cesta que traía al brazo, y arrodillándose empezó á rezar.

Publicola, chasqueado y confuso, sentóse tras ella.

Indudablemente aquella joven había tenido intención de socorrerle. ¿Por qué no lo había hecho?... Misterios de la voluntad...

Publicola siguió filosofando y contemplando el inmenso Cristo cuyos pies besaban de continuo las devotas que ocupaban el templo.

Después se decidió á probar suerte, y empezó á rezar con devoción.

Y la oración hubiera continuado largo rato si Publicola no diera en mirar hacia la cesta de su vecina que despedía un olor gratísimo para el olfato del hambriento devoto.

El rezó se interrumpió; caviló el filósofo cuanto cavila un ladrón. Acercóse al objeto motivo del hurto, apoderóse de él y fuese á la puerta de la iglesia. Allí encontró una pareja de Orden público, y no quiso padecer persecución por la justicia aun á riesgo de no lograr el reino de los cielos.

Cuando llegó al Campo del Moro sudaba copiosamente. Su paso ligero y el peso de la cesta le habían fatigado.

Por fin, se dijo, estoy en salvo. ¿Qué habrá aquí dentro? Veamos.

¡Ave María Purísima! Una, dos, tres... diez. ¡Qué atrocidad! Lo menos hay noventa ostras. ¿Y esto? Nada. Ostras, manzanas y una botella de aguardiente. Es una comida rara, pero es una comida.

¡La ostra! La ostra es un burgués metidito en su casa, ó un paria de los mares encerrado alevosamente.

¡La ostra! ¡El ostracismo! ¡Votar con conchas! ¡Cuántas ideas!

De todos modos la libertad se impone. Lo mismo hacen los altos poderes con los proletarios. Nos dan libertad cuando nos necesitan.

Pues señor, á falta de limón comeremos las ostras con manzanas. Encuentro el plato delicioso. ¡Qué bien se cuidan los ricos! Y hacen perfectamente. Sería ridículo que yo hubiera de compartir estos mariscos con ningún compañero. El que lo quiera que se lo gane. El que no tenga capital que trabaje como yo. Veá usted, estas ostras son realmente capital acumulado, y, sin embargo, yo no soy burgués porque no exploto.

Estos animalitos están deliciosos. Necesitaba vino, pero mejor será aguardiente. ¡Alza pa arriba! Prrrr... ¡Buen anisado!... ¡Valiente festín!... No cabe duda; la aspiración del hombre es la buena mesa. ¡Vivan los principios conservadores! ¡Nada de libertad y mucha carne!

Al fin y al cabo el amor á la libertad sirve solamente para ocultar la falta de dinero. Hay quien dice: «Para mí no hay tabaco como el del estanco.» Mentira; es que no tiene cuartos para comprarlo habano. «Donde mejor se oye la ópera es en el paraíso.» Mentira; que no hay cuerda para ir á butaca. Pues así es todo. «¡Viva la libertad!» Déle usted cinco duros y se acabó un liberal.

Carambita, carambita. Ya me he tragado doce y media de estos bichejos. ¡Pobres seres, encerrados en vuestra coucha como los apunadores!

¿Qué habrá dicho la cocinera al verse sin su cesta? ¿Me habrán seguido la pista? ¡Bah! Total, pata. En este país todos los caminos van á la cárcel. Conque...

La infeliz fregona llorará y pateará, pero luego hará dos mimos á la señora ó al señorito y punto concluido. ¡Ah! Bien lo vi esta mañana en los pobres de la iglesia: la lisonja es el lazo de unión entre el poderoso y el humilde. Y ¡qué diantre!, si los ricos dan limosna es con su cuenta y razón. ¿Qué es la caridad del millonario sino una restitución voluntaria que pretende eludir una devolución forzosa? Si no dan, luego viene la gorda y la colorada y... tal.

Pues señor, yo creo que este aguardiente se evapora. Y las ostras van cayendo y las manzanas lo mismo. Pero tengo mucha sed. Luego beberé agua de hierro en la Casa de Campo. Es una agua muy saludable para los ricos. Para los ricos solamente, porque los pobres no padecen de anemia, padecen de hambre. Después de todo, porque quieren. Hay que brujulear y amoldarse como yo á pedir una limosna. Lo que decía aquél:

—¿Por dónde voy á Loja?

—Por este camino.

—¿Y si el camino se tuerce?

—Pues, túérzase usted con él.

Pero esos obreros quieren vivir sin trabajar. Véase el trabajo que á mí me ha costado afanar estas ostras; pues cuántos trabajos no habrán pasado los que tienen millones. Decididamente los pobres no nos comprenden, pero hacen daño con sus gritos. Y de nada sirve zurrarles. Son como esas aves que llevan en el pico un grano. Mata usted el ave, y el grano cae á tierra y se hace una planta.

Esto se va. Las ostras se acaban y el aguardiente se ha concluido.

Démonos prisa por si nos buscan. Después beberemos agua, porque tengo el estómago ardiendo... Pero la cabeza firme. ¡Siempre firme! La cabeza hace falta siempre porque hay que discurrir mucho. Como que esta vida no es un valle de lágrimas, sino un pantano de ideas en el que caemos de cabeza.

Ea, listos. Los restos para la plebe.

Sucedió lo que era lógico. Una indigestión.

Al anocheecer, Publicola fué trasladado de la Casa de socorro al Hospital general, y no cesaba de decir entre desgarradores gritos:

—Dios me castiga por haber robado. ¡Si hubiese sido un rico!...

—¿Qué, hombre, qué?—dijo el enfermero

—No le hubiera pasado nada, porque estaría hecho á ello. Pero yo... es la primera vez que como estas cosas.

El comité obrero de la sociedad *Los Tumbones* envió una comisión de su seno para recoger el último suspiro de Publicola. Y así fué.

Este, antes de morir, se incorporó en el lecho, extendió sus manos y dijo:

—«Creedme, compañeros, la cuestión social es sólo cuestión de estómago. He dicho.»

SILVERIO LANZA

## LIBROS

*Los Universitarios*, novela de tipos y costumbres académicas en 1898, por el doctor J. Esteban de Marchamalo.

El Sr. Marchamalo—muy señor nuestro—, no ha escrito precisamente una novela, aunque él califique de tal á su libro *Los Universitarios*; pero si una obra de crítica, en la cual demuestra su competencia en cuantos asuntos se relacionan con el problema de la enseñanza nacional.

*Los Universitarios* es un libro que debiera leer el Sr. Allendesalazar para ir aprendiendo, que falta le hace.

Precio: tres pesetas.

Diez ilustres guasones de Cádiz, han escrito en colaboración una «monstruosidad dramática»—de tal la califican ellos—titulada *La pierna negra ó el escandalazo padre*.

La tal monstruosidad tiene mucha gracia, y hace casi tanto de reir como las obras dramáticas de Cavestany.

Precio: 50 céntimos.

Se ha publicado el primer cuaderno de la interesantísima obra de S. A. R. el duque de los Abruzos *La Estrella Polar en el Mar Artico* que, al mismo tiempo que en España, verá la luz en los principales países de Europa.

Contiene dicho primer cuaderno un resumen histórico de los viajes más famosos emprendidos en dirección al Polo, el plan de la expedición italiana por el sabio marino S. A. R. Luis Amadeo de Saboya, los preparativos de marcha, la elección del Estado Mayor, el reclutamiento de los tripulantes y la provisión de aparatos, utensilios, víveres é indumentaria. El texto de este primer cuaderno va ilustrado con quince artísticos grabados.

## ANUNCIOS HUMORISTICOS

¡El nido! ¡El hogar! ¡Oh jóvenes que vais á casaros, visitad antes el gran establecimiento de muebles de A. Vallejo, Alcalá 17!

¡Poetas, que buscáis inspiración en el alcohol! Os recomiendo el exquisito *Anís Portago!* No hay licor semejante á este licor de los dioses.

Colecciones de DON QUIJOTE del año 1902. Se remiten á provincias certificadas. Precio: 12 pesetas.

Para regalos; relojitos de oro con cadena y estuche, desde 50 pesetas.—Garantía de buena marcha.—*Fábrica de relojes de Carlos Coppel, Fuencarral, 27.*

Se necesita un socio capitalista con dos ó tres mil duros para emprender la desinfección de los aguardientes de orujo, industria que dará grandes resultados, sin pérdida de capital. Informarán en esta Redacción.



EL MAS FINO.  
EL MÁS SUAVE QUE SE CONOCE  
Librillo con 120 hojas, 15 céntimos.  
De venta en todos los estancos de España.  
Depósito: Arco de Santa María, 23.

CAMAS Y MUEBLES  
LA GRAN BRETAÑA  
Plaza de Santa Ana, núm. 1.  
Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7  
VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

## DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.  
A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado.